

Comunitarismo y (medios de) comunicación

Carlos DONOSO PACHECO
Universidad Academia de Humanismo Cristiano

RESUMEN: Entre los estudiosos no ha existido consenso acerca de qué es la comunicación y cómo debe ser estudiado adecuadamente este fenómeno, por lo demás tan presente y significativo en nuestra vida. Diferentes disciplinas han tratado de dar respuesta a tales interrogantes. Una de ellas es la filosofía; específicamente la filosofía moral, la ética, intenta básicamente decirnos en qué consiste comunicar bien, lo cual supone, obviamente, averiguar sobre la naturaleza o el carácter del fenómeno comunicacional. En este terreno, desde hace algunas décadas se ha perfilado una corriente de pensamiento que ha hecho interesantes aportes en ese sentido. Nos referimos al comunitarismo o personalismo comunitario. En este artículo se presentan algunas de sus ideas y proposiciones.

PALABRAS CLAVE: Comunitarismo - Personalismo - Comunicación - Ética.

ABSTRACT: There has been no consensus between communication specialists on what communication is, and how this phenomenon, so present in our lives, should be properly studied. Different disciplines have attempted to respond to such questions. One is philosophy; specifically moral philosophy, ethics, basically tries to tell us what to communicate well is, what means find out about the nature or character of the communication phenomenon. In this area, for a few decades has emerged an investigation line that has made interesting contributions in this regard: communitarianism or communitarian personalism. In this paper we present some of their ideas and proposals.

KEYWORDS: Comunitarianism – Personalism – Communication – Ethics.

Esbozaremos primero algunos antecedentes generales relativos a esta corriente de pensamiento, para después referirnos a ciertas ideas planteadas por algunos de sus exponentes sobre la comunicación, en general, y los medios de comunicación, en particular.

Una temprana manifestación de esta vertiente filosófica surgió durante la primera mitad del siglo pasado, especialmente en Europa, con pensadores como Jacques Maritain, Emmanuel Mounier, Jean Lacroix y Martin Buber, y una similar expresión de la misma comenzó a divulgarse algunas décadas después y se desarrolla hasta hoy, con pensadores anglosajones como Charles Taylor, Michael Sandel y Alasdair MacIntyre. Asimismo, el comunitarismo ha influido y se ha desarrollado en importantes sectores intelectuales y políticos de países latinoamericanos.

A nuestro juicio, el comunitarismo puede ser mejor comprendido si se lo relaciona con un fenómeno de prolongada presencia en la historia de la filosofía política: la existencia de dos grandes y opuestas visiones y prácticas en torno al ser humano y su dimensión social. De acuerdo a una de esas visiones y prácticas (el individualismo), “la entidad básica en toda agrupación humana o en toda sociedad humana es el individuo, el sujeto individual, de modo que la agrupación o la sociedad son concebidos como conjuntos de individuos” (Ferrater Mora, 1999: II, 1805). Por contraposición, la otra puede ser denominada colectivismo, correspondiendo a las “diversas formas de socialismo, incluyendo algunas muy reformistas, como el comunismo estatal, el ‘mutualismo’, el comunismo libertario, etc.”(...) (Ferrater Mora, 1999: I, 590), para las que dicha entidad básica viene a ser la sociedad misma, concebida como una totalidad que no se reduce a la mera suma de las partes (individuos) que la componen.

Puede decirse que lo anterior se ha manifestado a través del surgimiento de ideologías, movimientos y sociedades que, esencialmente, muestran una mayor o menor aproximación a dichas tendencias (individualismo o colectivismo). Y se ha dado también, por cierto, toda una gama de expresiones de

esas ideologías, movimientos o sociedades que, de un modo u otro, se caracterizan más bien por combinar o sintetizar elementos de ambas visiones.

En cuanto al comunitarismo, existe la posibilidad de entenderlo como una versión específica del individualismo o del colectivismo. En el primer caso, se trataría de una especie de individualismo moderado o —para usar una expresión de Michael Walzer— “corregido” por el enfoque comunitario, desde el cual ciertamente lo social ocupa un lugar tanto o más central que lo individual a la hora de definir los fundamentos y las condiciones de la convivencia humana. En el segundo caso, sería el colectivismo el moderado o el “corregido” por el reconocimiento que el comunitarismo hace del valor y significación de lo individual.

Pero también el comunitarismo puede ser entendido como la búsqueda de una síntesis entre una y otra tendencia. En este último caso, ya no sería una *versión* de una u otra, sino algo esencialmente distinto, que supera a ambas. De hecho, las concepciones filosófico-políticas comunitarias de mediados del siglo representaron una posición crítica y una propuesta alternativa tanto respecto a las estructuras propias de las sociedades capitalistas modernas construidas bajo inspiración liberal (individualistas), como a las sociedades socialistas construidas bajo inspiración marxista (colectivistas).

Resulta interesante considerar aquí la opinión del filósofo Renato Cristi, quien vincula el comunitarismo a una tradición de pensamiento bastante más amplia. Señala, en efecto, que la crítica comunitaria

[...] se manifiesta por primera vez como reacción conservadora frente al pensamiento ilustrado y la Revolución Francesa. Parte de la argumentación de pensadores contrarrevolucionarios, como Burke, De Maistre y Bonald, constituye una crítica al liberalismo ilustrado por desatender lo comunitario. También la distinción que introduce Hegel entre moral y eticidad (*Sittlichkeit*) anticipa el conflicto entre liberalismo y comunitarismo (Cristi, 1998: 49).

Luego agrega que a partir de Hegel la crítica comunitaria ha tenido numerosas y variadas reencarnaciones, selladas por diferentes aspiraciones morales y políticas. A su juicio, “ciertos aspectos de la crítica de Marx al capitalismo tienen una decidida orientación comunitaria” (Cristi, *Ibid.*, 50), e igualmente comunitaria le parece la obra de conservadores como Gierke, Tönnies y Maitland, y de pluralistas como Cole, Laski, Barrer y Dewey.

A continuación, sostiene Cristi que la totalidad del pensamiento católico, por lo menos hasta el Vaticano II, mantuvo una postura comunitaria enraizada en su fidelidad al legado aristotélico - tomista, si bien el abandono de este legado, a su juicio, “ha conducido al *rapproachment* de la Iglesia con el liberalismo y explica la influencia que han ganado en círculos católicos pensadores como Michael Novak” (Cristi: 47).

Pero vamos a reiterar que el comunitarismo, el de antes y el de ahora, se caracteriza tanto por su postura crítica frente a la realidad presente como por la proposición de ideales o proyectos alternativos.

En efecto, esta condición se da en un pensador como Maritain, que postula la superación, por una parte, de lo que llama el “humanismo antropocéntrico” moderno y, por otra, de la estructura social del capitalismo. No pretende tampoco el regreso al “humanismo teocéntrico” medieval, sino el avance hacia un “humanismo integral” y a un “ideal histórico concreto”, definido por él mismo como “una imagen prospectiva que designa el tipo particular, el tipo específico de civilización a que tiende una determinada edad histórica” (Maritain, 1955: 129 -130).

Respecto al contenido de este ideal histórico concreto, Maritain destaca ciertos “caracteres típicos”, uno de los cuales es el comunitario, en el sentido de que “el fin propio y especificador de la ciudad y de la civilización es un bien común diferente de la simple suma de los bienes individuales y superior a los intereses del individuo en cuanto éste es parte del todo social” (Maritain: 134).

Mounier, por su parte, puso el centro de su filosofía en la persona, y en torno a ella desarrolló una filosofía y un movimiento que él mismo identificó como “personalismo” y, más propiamente, “personalismo comunitario”. Mounier se opuso firmemente a las tendencias individualistas y burguesas. El individualismo, nos dice,

es un sistema de costumbres, de sentimientos, de ideas y de instituciones que organiza el individuo sobre esas actitudes de aislamiento y de defensa. Fue la ideología y la estructura dominante de la sociedad burguesa occidental entre los siglos XVIII y XIX. Un hombre abstracto, sin ataduras ni comunidades naturales, dios soberano en el corazón de una libertad sin dirección ni medida, que desde el primer momento vuelve hacia los otros la desconfianza, el cálculo y la reivindicación; instituciones reducidas a asegurar la no usurpación de estos egoísmos, o su mejor rendimiento por la asociación reducida al provecho: tal es el régimen de civilización que agoniza ante nuestros ojos, uno de los más pobres que haya conocido la historia. Es la antítesis misma del personalismo, y su adversario más próximo (Mounier, 1990: 474).

Su propuesta de una filosofía “personalista” implica la apertura a otras posibilidades para el hombre:

En pleno cuerpo capitalista aparecen los primeros esbozos de un mundo socialista, que se debe desarrollar si se entiende por socialismo lo siguiente: la abolición de la condición proletaria; la sustitución de la economía anárquica fundada sobre el provecho por la economía organizada sobre perspectivas totales de la persona; la socialización sin estatización de los sectores de la producción que mantienen la alienación económica; el desarrollo de la vida sindical; la rehabilitación del trabajo; la promoción, contra el compromiso paternalista, de la persona obrera; el primado del trabajo sobre el capital; la abolición de las clases formadas sobre la división del trabajo o de la fortuna; el primado de la responsabilidad personal sobre el aparato anónimo (Mounier; 1990: 536).

Hicimos también referencia a Martin Buber. En su libro *Caminos de utopía*, Buber sostiene que tenemos la sensación de que vivimos en los umbrales de la crisis más grande que hasta ahora haya conocido el género humano. El hombre ha acrecentado cada vez más y con aceleración creciente su poder sobre la naturaleza. Pero, a la vez, sostiene que este hombre ha llegado a sentir cada vez más profundamente cuán endeble es toda su grandeza, y “en horas de clarividencia logró entender que, a pesar de todo lo que él suele denominar progreso de la humanidad, no camina a sus anchas por carretera abierta, sino que tiene que poner un pie tras otro por un angosto sendero entre abismos” (Buber, 1991: 190). Los abismos que denuncia Buber son, entre otros, la pérdida de la relación vital entre hombre y hombre, el angostamiento de las relaciones personales, la subyugación del principio social descentralista al principio político centralista (Buber: 190).

Digamos ahora algunas palabras sobre el comunitarismo contemporáneo, que se ha desarrollado en buena medida por medio de un debate con pensadores liberales como John Rawls. Señalemos ante todo que, a nuestro juicio, no fluye necesariamente de la crítica y de las propuestas comunitarias de hoy la idea de un proyecto de sociedad esencialmente distinto al liberal, al modo en que lo proponían filósofos como Maritain, Mounier o Buber. Al menos, no sería ésa una intención consciente y manifiesta de autores como Sandel, Walter o Taylor. Cabe preguntarse, entonces, sobre los alcances de los argumentos y postulados comunitarios de hoy: ¿Representan, desde el punto de vista de la filosofía política, el fundamento de una vía de construcción social distinta a la liberal? ¿Se trata, por lo tanto, de una filosofía orientada hacia la constitución de un nuevo sistema social? Este tipo de interrogantes parece coincidir con el que ha formulado la filósofa Mimi Bick, autora de una exhaustiva investigación sobre el debate entre liberales y comunitarios:

Algunos analistas han calificado al comunitarismo como primo teórico del liberalismo, mientras otros lo consideran su rival. Aquellos que simpatizan con el comunitarismo tienden a catalogarlo como una doctrina humana liberadora; sus más fervientes detractores, en cambio, afirman que no sólo es un simple rival del liberalismo, sino su rival más peligroso” (Bick, 1995: 22).

Idea de la comunicación en Mounier

Consideremos la filosofía comunitaria en relación con cuestiones de carácter comunicacional. En Mounier y la corriente personalista comunitaria es quizás donde podemos encontrar mayores aportes para una reflexión crítica acerca de la comunicación y sus problemas. En su libro *El personalismo* dedica un capítulo al tema.

El pensador francés, fundador de la revista *Esprit*, parte situando la comunicación, diríamos la *buena* comunicación, como la experiencia fundamental de la persona. Sin embargo, sostiene al mismo tiempo que “para quien contempla el espectáculo de los hombres y no es ciego a sus propias reacciones, esta verdad no es evidente” (Mounier, 1990: 473). Por el contrario, diversas actitudes y comportamientos individualistas ocasionan formas de vida social en las que predominan guerras o guerrillas permanentes, variadas formas de manipulación, egoísmos y opacidad en las relaciones humanas.

Al sistema de costumbres, de sentimientos, de ideas y de instituciones que organiza al individuo sobre actitudes de aislamiento y de defensa (individualismo), opone Mounier la filosofía personalista, que busca descentrar al individuo “para establecerlo en las perspectivas abiertas de la persona”. Bien dice Manuel Martín Algarra que frente al paradigma antropológico que identifica hombre e individuo,

hay otro planteamiento que identifica hombre y persona, lo que supone no sólo centrarse en la existencia individual del hombre sino también en otras características de su naturaleza, especialmente en su carácter social y relacional que tanto han destacado los filósofos del personalismo. (Martín Algarra, 2002: 281).

En efecto, explica Mounier que por experiencia interior, la persona se nos aparece como una presencia dirigida

[...] hacia el mundo y las otras personas, sin límites, mezclada con ellos, en perspectiva de universalidad. Ella no existe sino hacia los otros, no se conoce sino por los otros, no se encuentra sino en los otros. La experiencia primitiva de la persona es la experiencia de la segunda persona. El *tú*, y en él el *nosotros*, preceden al yo, o al menos lo acompañan. Es en la naturaleza material (y nosotros estamos parcialmente sometidos a ella) donde reina la exclusión, porque un espacio no puede ser ocupado dos veces, pero la persona, por el movimiento que la hace ser, se *expone*. De tal manera es, por naturaleza, comunicable, inclusive la única que puede serlo. Es necesario partir de este hecho primitivo (Mounier, 1990: 475).

Pero según este autor, la comunicación tropieza con varios fracasos. Primero, porque siempre escapa algo del otro a nuestro más completo esfuerzo de comunicación; segundo, porque algo también, en el fondo de nosotros, se resiste al esfuerzo de reciprocidad; tercero, porque nuestra existencia misma no transcurre sin una opacidad irreductible, una indiscreción que intercepte constantemente el intercambio; cuarto, porque cuando hemos constituido una alianza de reciprocidad (familia, patria, cuerpo religioso, etc.), ésta no tarda en alimentar un nuevo egocentrismo y en levantar una nueva pantalla entre hombre y hombre (Mounier, *Ibid*).

Ética personalista-comunitaria y comunicación en la filosofía de Carlos Díaz

Con razón, la académica colombiana Ana Aristizábal hace ver que si bien Mounier vislumbró sociedades personalistas desde la educación, la política, la vida privada y la cultura, “jamás se le ocurrió involucrar en sus planteamientos a los medios de comunicación, y es lógico, puesto que ellos tomaron características de avalancha después de su muerte” (Aristizábal, 2011: 130), fallecimiento ocurrido a muy temprana edad, a los 45 años, en 1950.

El problema de los contenidos mediáticos ha sido objeto de reflexión, en tiempos recientes, por exponentes actuales del personalismo comunitario, como la propia Ana Aristizábal y el filósofo español Carlos Díaz. Este último ha tratado el tema a partir de consideraciones sobre la persona y las relaciones entre las personas que prácticamente todos los pensadores comunitarios comparten, para después abocarse a los problemas actuales de los medios de comunicación.

Para Carlos Díaz, cualquiera sea la hipótesis que explique su origen, el hecho es que las personas son realidades vinculadas: “La relación es un *entre, un dia-logo*, desde el principio hasta el final” (Díaz, 1995: 155). Más aún, todo el cosmos interactúa, ignora el cerco, se “entrega” a la respectividad. Siguiendo a Martin Buber, Díaz sostiene que si tal situación puede predicarse del cosmos, cuando nos situamos en el nivel de la realidad personal, el *entre* relacional se eleva a razón de ser y deviene en fundamento último de la palabra básica yo-tú, más allá de cuyo ámbito no cabe ir. El *entre dialogal* y relacional resulta ser anterior al yo y anterior al tú por separado. Éstos se constituyen a partir del *entre nosotros* primordial.

Ahora bien, la relación yo-tú no siempre es, en el ejercicio de la afirmación de nuestro ser, una relación positiva, pues tanto el yo como el tú pueden desarrollarse personificándose durante el cotidiano crecer personal o, por el contrario, alienarse, embrutecerse, cosificarse. Si la personalización vence sobre la cosificación, “se produce (por así decirlo con Buber) el roce con la eternidad, la comunicación perfecta, nada menos que el nosotros verdadero” (Díaz, 1995: 156). Así, el vivir consiste para las personas en un con-vivir, en un encuentro, en un diálogo, en un dar y recibir, en una intercomunicación. Para el personalismo comunitario, esta relación

no es meramente noética, epistemológica, racionante, incorpórea, espectral o ectoplasmática, sino una muy humana forma de ser a la que por humana le interesa lo mejor, es decir, donde conocimiento e interés brotan al unísono adviniendo desde los estratos profundos de la persona, mas no sólo en el sentido que Jürgen Habermas lo ha mostrado, sino en el sentido de un conocimiento persona inter-esado, esto es, situado en el intersticio relacional del inter-esse, cual comunidad presencializada en cada uno de los miembros que la componen (Díaz, 1995: 158).

Sin embargo, no toda relación humana es siempre constructiva, advierte Carlos Díaz. Cuando lo óptimo se corrompe, se convierte o pervierte en pésimo. La relación es percibida entonces como extrañamiento, alineación sádica, destructiva, infernal. Es lo que ha descrito el existencialismo sartriano, interpretándolo como la única forma de relación entre los individuos. “Y donde pudo haber comunicación dase incomunicación e interferencia, ruido comunicativo, mala vibración, desangelio” (*Ibid.*: 159).

En la búsqueda de una auténtica y constructiva comunicación, Carlos Díaz somete a crítica una forma de pensamiento que se constituye a partir del *ego cogito* cartesiano, “primero porque en el principio no fue el ego, y después porque en el principio tampoco fue el famoso *cogito*, antes, al contrario, en el principio fue el *entre nosotros originario* del amor relacional mismo y mismidad de la protorrelación” (*Ibid.*: 161). Y amar, sostiene Díaz, implica conocer, pero no se reduce a conocer. La reducción del ser al conocer conduce al dominar bajo la guía de una razón fría, calculadora, “que avasalla con el imperio de su técnica después de haber evacuado de ese imperio al humano que la diseñó, como ya denunciara Martin Heidegger” (*Ibid.*: 165).

Los medios de comunicación

La reflexión crítica de Carlos Díaz sobre la comunicación en general nos conduce a su juicio, también crítico, respecto de los medios de comunicación en particular. En su opinión, éstos no siempre comunican, ni siquiera “cuando más blasonan al respecto”. Por el contrario, “en su condición de medios median cual filtros opacadores de lo noticiable” (*Ibid.*: 169).

Ello no ocurre solamente porque no se podría decir todo, aunque se quisiera, sino también por razones derivadas de la naturaleza misma del poderío, que no es sino poder no compartido. Específicamente, los medios de masas no comunican, por ejemplo, al norte con el sur. Más bien los incomunican. Primero hurtan el rostro del sur, el rostro de los pobres. Éstos “no tienen voz, aunque tengan voto”. Los ricos, en cambio, disponen de todas las voces. Los medios de masas con sus agencias situadas en el norte representan el rostro de los poderosos, “aunque griten desaforadamente que ellos representan la quinta esencia de la prensa independiente y soberana” (Díaz, *Ibid.*: 170). Así, la noticia viene dada habitualmente en formato favorable a los de arriba, y lo que no es noticia no existe o permanece en el umbral de la duda.

Es la moderna dictadura real que procede de la mera libertad formal, condición necesaria pero no suficiente para el ejercicio de la razón dialógica.

Bajo el peso de tales circunstancias los pobres no constituyen de suyo noticia, a no ser cuando interesa a los ricos que se tornen carne de papel, es decir, objeto de sensacionalismo amarillo o de expolio de cualquier clase; en pocas palabras, en beneficio propio. Siempre igual. En el mapa informativo de nuestros comunicadores, que es el que aprendemos desde la escuela, América Latina ocupa (contra natura) menos espacio que Europa, y mucho menos que Estados Unidos y Canadá. Y lo peor de todo es que América Latina no solamente se encuentra achatada en la cartografía comunicativa, sino sobre todo en el mapa geopolítico (allí, por cierto, el mapa del hambre adquiere proporciones descomunales, dantescas) (Díaz, *Ibid*: 170).

Ante una realidad como la descrita, la misión del personalismo comunitario es, para Díaz, semejante a aquella que cumplen las personas que en Haití —según la parábola del hechicero y el zombi— despiertan con el antídoto de la sal al esclavo “zombi” y lo liberan de su condición de esclavitud, recobrando su condición de persona humana. “Es también ésa la misión del personalismo comunitario, aunque suene a consabida receta de la abuelita y no prometa nada del otro mundo. Sencillamente despertar al dormido y caminar con él transfundiéndole su amor liberador” (*Ibid*: 172). ¿Pero cómo hacerlo? El mismo autor plantea ideas como éstas:

Si ellos [los medios] no informan, procuraremos enterarnos e informar de lo vedado. Crearemos entre todos una *sinergia de microutopías informadoras y formativas*. Trataremos de lograr comunitariamente una cierta *agilidad*, aunque sólo fuere por motivos de urgencia. Intentaremos juntos crear *canales de comunicación populares*, redes informativas sin lenguajes arcanos que no son más que un arma del poderío que no comparte, sirviéndonos de todos los avances tecnológicos, que para eso están a disposición de todos (...).

Asumiremos, en fin, a tales efectos, las necesarias acciones culturales de sensibilización, de concienciación, de generación de inquietudes, de difusión del mensaje, de reflexión, de investigación, de creatividad, de esa poesía que no es sino un intento de ordenar el caos, de cultura popular, en suma, esa cultura de ayer que hoy pervive tan dañada y tan desestructurada, asimilada al lenguaje del poder cuando no subvencionada y por ende secuestrada por él (*Ibid*:172- 173).

Éstas y otras ideas se plantean desde el personalismo comunitario, porque para éste la persona se entiende y se percibe como un fin en sí mismo, y no como un medio, herramienta o instrumento al servicio de otros medios.

Pensamos que el tipo de acciones que Carlos Díaz señala se realizan, de una manera u otra, en distintas partes del mundo, por ejemplo en América Latina y en Chile cuando se promueven y organizan medios de comunicación “alternativos” o comunitarios. En un estudio sobre “la otra comunicación”, Óscar Aguilera y Leonel Yáñez pudieron constatar al respecto realidades significativas. Por ejemplo:

hemos observado iniciativas alternativas e independientes, sin fines de lucro, que aun cuando operan con un cúmulo de dificultades, no inhiben la sustentabilidad de sus proyectos. Si bien la mantención de la iniciativa implica dinámicas que expresan precariedad o incertidumbre, las acciones que realizan estas organizaciones/instituciones se proyectan desde un ámbito alternativo a las pautas y estilos que imponen los grandes medios de

comunicación. Su lógica compromete una ética distinta a las lógicas de producción mediática: se sustentan en las ideas cristianas humanistas, y en ese sentido, manifiestan un alto componente valórico, vinculado al compromiso por el desarrollo, la diversidad y el fortalecimiento de la democracia (Aguilera y Yáñez, 2004: 4).

Sabemos igualmente que entre las iniciativas o realidades que desarrollan otro tipo de comunicación se cuentan radios comunitarias, medios escritos alternativos o institucionales, canales de televisión locales, medios digitales, etc.

Volvamos, para finalizar, al punto de partida. Sin duda que el personalismo comunitario –muy ligado a esas ideas cristianas humanistas a que aluden Aguilera y Yáñez– no es la única filosofía que plantea una postura crítica al tipo de comunicación que predomina en nuestro globalizado mundo actual, y particularmente en los medios de comunicación social. Pero su visión antropológica, que fundamenta la idea de comunicación que hemos querido esbozar aquí, nos ofrece, creemos, fundamentos muy dignos de considerar para concebir y construir otra sociedad y otros medios de comunicación, que comuniquen *bien*, al servicio de todos los seres humanos.

Bibliografía

- AGUILERA, Óscar. y YÁÑEZ, Leonel
2004 *La otra comunicación: en lo local, medios de comunicación para la gente*. Santiago de Chile: ECO- Educación.
- ARISTIZÁBAL, Ana
2011 “La ética de los contenidos mediáticos”, en *Revista Comunicación*, 28, Medellín, enero-diciembre, 127-135.
- BICK, Mimi
1995 *El debate entre liberales y comunitaristas*. Santiago de Chile: Universidad Nacional Andrés Bello.
- BUBER, Martin
1991 *Caminos de utopía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- CRISTI, Renato
1998 “La crítica comunitaria a la moral liberal”, en *Estudios Públicos*, Santiago de Chile, 69, 47-68.
- DÍAZ, Carlos
1995 “Ética personalista-comunitaria y medios de comunicación”, en Enrique BONETE (coord.), *Éticas de la información y deontologías del periodismo*. Madrid: Tecnos.
- FERRATER MORA, José
1999 *Diccionario de filosofía*. Barcelona: Editorial Ariel.

MARITAIN, Jacques

1955 *Humanismo integral*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla.

MARTIN ALGARRA, Manuel

2002 “Claves para una ética integral de la comunicación”, en José A. AGES y José SERRANO, *Ética de la comunicación y de la información*. Barcelona: Ariel.

MOUNIER, Emmanuel

1990 “El personalismo”, en *Obras Completas*. Salamanca: Ediciones Sígueme.